

DE LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,  
TOMO XXXIV, AÑO XIII.

---

# CERVANTES Y EL QUIJOTE

POR

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

CONFERENCIA DADA EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES  
EL 23 DE ABRIL DE 1916



BUENOS AIRES

1916



SEÑOR RECTOR :

SEÑORES PROFESORES :

JÓVENES ALUMNOS :

Dice alguna vez Don Quijote a las mujeres de su casa : « dos caminos hay, hijas, por dónde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados : el uno, es el de las letras ; otro, el de las armas. »

En varias ocasiones, a través del libro se comentan esas palabras. Dados el carácter y el genio de Cervantes, hubiese podido realizar en ambas sendas lo que modernamente llamamos un héroe. Tenía también un tercer camino, el de la Iglesia. Mas cuando Panza, coloca a los santos por sobre los poetas y los caballeros, porque su acción continúa aún después de la muerte, su amo le responde : « Razón no te falta, pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios los suyos al cielo : religión es la caballería, caballeros santos hay en la Gloria ». Y Miguel de Cervantes, señores, en 1570 acompañando al cardenal Acquaviva estaba en Roma. Tenía veintitrés años : era fuerte, sano y venturoso. En el brillo de sus barbas de oro lucía, un como simpático reflejo de su alegre espíritu. Llevaba en sus donaires el don espontáneo de la risa : su persona curaba de la tristeza : se hacía querer de los hombres. Cautivando con su comunicativo encanto reconciliaba con la existencia : infundía el ardor de su entusiasmo y encontraba a la vida buena y al mundo bello. La ciudad que, según Goethe, sacude y ensancha a los espíritus elevados, acariciaba con dedos de luz a su genio dormido. Y él no la olvidó nunca : cuando su azarosa vida tocaba a su fin, la cantó en el *Persiles* ; en el *Quijote* había estampado con rara memoria una pintura de su Panteón, perfecta ; y en el *Licenciado Vi-*

*driera* descrito lo que titula «la excelsitud romana». Pero entonces la sentía no sólo «visitando templos», «adorando reliquias» y «admirando grandezas»; no sólo besando el pie del Sumo Pontífice «entre la autoridad» del Sacro Colegio; no sólo imaginando sus magnificencias por los rotos mármoles como se imaginan «las fuerzas del león por las uñas»; no sólo bañándose en sus espirituales fiebres que dilatan los horizontes del pensar, si no también oyendo las voces de la ambición. Había traído al mundo latentes en su naturaleza, el Ariel y el Calibán de Shakespeare: gozaba de la aptitud de ver la fea realidad unida a la de hermosearla: y el Genio del aire, y el Hijo de la bruja, iban a escapársele del espíritu para construirle su vida. Allá en las riberas del patrio Henares, devorando romances, historias, leyendas, había soñado con las acciones de los más famosos paladines: principio de su amor al ejercicio de las armas. Después, su maestro López de Hoyos, le trajo al estudio grave y con paternal cuidado le imprimió sus primeros versos: principio de su amor al cultivo de las letras.

Y en Roma, bajo el hábito del santo Pío VI, encontraba la vida efervescente de las Academias; los recuerdos inmortales de la áurea edad de los artistas bajo Julio II, de la no menos brillante de los humanistas bajo León X, y la atmósfera que hacía decir a Erasmo con tristeza que sólo la olvidaría quien se sumergiese en las aguas del Leteo. Estaba en la tierra en que se mandaban expediciones al Oriente para traer libros originales; en que Rafael pintaba *La Transfiguración* para celebrar una victoria sobre los turcos; en que se cerraban las tiendas, y se olvidaban los negocios, para oír recitar a los poetas aclamados como divinos; en que los Accalti ostentaban el título de duques por los versos de sus antepasados; en que la poesía llevaba a los grandes honores civiles, como al Ariosto, embajador por obra del arte, o al Baglioni aclamado Senador de Roma; en que los altos ministerios eclesiásticos se conquistaban por la pluma, como Colocci ungido obispo de Nocera o Bembo vistiendo la púrpura cardenalicia. Y en aquel hogar irradiante de la civilización humana en que el talento borraba las diferencias de cuna, los ex-

tranjeros, compartían el laurel de los italianos: Clemente Janitius había sido coronado por el Papa Médicis.

El joven Cervantes podía concebir ambiciones de humanista, pero ante todo adoraba el teatro. De niño había seguido apasionadamente las rústicas y pobres representaciones de Lope de Rueda: allí se encontraba con las églogas de Corsi, representadas en el soberbio Belvedere de Bramante; y allí aplaudidas por los embajadores, los cardenales ponían en escena los *Suppositi* de Ariosto con las antiguas decoraciones de Rafael, y la *Calandria* de Bibiena con decoraciones de Peruzzi. Y asistía el joven paje de Monseñor Acquaviva, a los cortejos históricos, que habían de traerle más tarde un soplo de inspiración en los encantamientos del castillo de los duques: y alguien le contaba sin dudá el éxito de las piezas del español Torres de Naharro, en los Carnavales de Julio II, y quien había conocido a Juan del Encina, el entusiasmo con que León X, lo había hecho maestro de su gran capilla.

Más de una vez, señores, la imagen del noble hidalgo me ha obsedido en Roma, entre la evocación de esos recuerdos. Si la Ciudad Eterna no ha fallado nunca en su acicate de elevación, desde Montaigne y Poussin, hasta Byron, Chateaubriand o Goethe; si sus viejos muros exhalan las fiebres de todas las auroras ¿quién sabe cuántos sueños levantó en el alma de aquel muchacho? ¿No anidaban en él los gérmenes, que en el *Trato de Argel*, y sobre todo en la *Numancia*, habían de explotar en imaginaciones singulares? ¿No hay en aquellas obras, si no como frutos, al menos como flores, ideas que maduras con mayor sosiego y ventura, pudieron convertirle en un gran dramaturgo? El joven paje, excitado por la atmósfera artística debió de imaginarse superior a sus compatriotas Naharro y Encina, sintiéndose capaz de eclipsar ante la admiración de las Cortes, las comedias de Bibiena, Maquiavelo y Ariosto. Debió de acallar el hombre los gruñidos de Calibán, y oír el poeta los acentos de Ariel: « ¡Salud, oh maestro poderoso! sabio señor, ¡salud! heme aquí pronto a responder al capricho de tu voluntad, así quieras hundirte en la sima del fuego como cabalgar en las nubes ondulantes»... Pero

de pronto, un grito estremeció a Roma y un eco alborozado respondió de España. El Sumo Pontífice, inspirándose en el Evangelio de la Misa, había proclamado el nombre del hijo de Carlos V. Este nuevo enviado de Dios, este Juan de la guerra, debía de ponerse al frente de la Cruzada, y en Nápoles, en Venecia, en Génova, en Mesina, los vientos azotaban las jarcias con estruendos épicos. Tiró el joven paje sus ropas de cortesano, y sus ensueños de poeta, y voló sobre las alas de sus antiguas leyendas. Voló sintiendo el caballero la sangre de sus abuelos que habían combatido contra los moros; y dejó a Roma como el padre de Garcilaso cuando acudiera al *¡Santiago y cierra España!* del Gran Capitán. En el virreinato pudo evocar mejor a su patria: cada puerto, cada castillo, le hablaba de uno de sus héroes: Gaeta, de Hugo de Cardona; Ovo, de Nuño de Ocampo; Canosa, de Pedro de Navarro; Castellaneto, de Luis de Herrera. Las llanuras desde Ceriñola a Garellano, murmuraban estupefactas el nombre de Gonzalo de Córdoba. Allí se desplegaban los palenques donde los reyes de armas habían partido el sol de los torneos, a españoles y franceses, y donde Bayardo y Diego de Paredes, habían partido el coraje, resucitando a Héctor y Aquiles. La caballería no había muerto. Estaba en la fe candente de la tumba recién cerrada de Ignacio de Loyola, pues que fundiendo las partes de Marta y de María, vivía aún Teresa de Ávila: había estado en América con Hernán Cortés y estaba en Italia con Don Juan de Austria. Y estaba en el alma y en el corazón de Cervantes, que creía entonces en los libros famosos, más que el mismo Don Quijote. No se hace nada verdaderamente grande sino haciendo con amor el sacrificio de sí mismo: lo saben o deben saberlo los hombres y las naciones: quitad endriagos, quitad gigantes, quitad hechiceros, y en el fondo de las luchas del bien y del mal de las novelas, eso queda dignificando el manto de sus locuras. Y magnífico y alto, debía de ser el cadáver, cuando lleva los dos mayores epitafios del mundo: el *Orlando* y el *Quijote*... Cervantes observó en Nápoles y en Mesina el espectáculo de que diera una vislumbre en sus últimos años en Barcelona. Vió abatirse las tiendas, izarse las antenas, desplegar-

se las flámulas, refulgir los crucifijos sobre los pañoles; vió los corbachos mosquear las espaldas de los galeotes; oyó el silbato de los cómitres y el arrancarse de las palamentas; sintió prestos los sacres en las arrumbadas, las culebrinas en los bandines, los espolones en las proas, mientras los espaldares ritmaban los compases del gobierno, y las velas, inflándose hacia el Sanjac de Mahoma se abrían a un viento que llevaba en su empuje la flecha del rumbo y el rumor de la gloria. Cervantes sentía la candente plegaria de su corazón subir en estallido a sus labios y bajar en relámpago a su espada. Adiós las visiones poéticas de Roma: las púrpuras de los cardenales letrados desaparecían en los damascos rojos de las tiendas de guerra. Y Don Juan de Austria, se destacaba entre el esplendor de sus arneses, como para arremeter con su coraje, al enemigo que atraía con su belleza. Pero allá, al pie del Vesubio, pero aquí al pie del Etna, en Nápoles y en Sicilia, que se alejaban envolviéndose en los cendales del mar, vió repentinamente no sólo en las alturas el fuego de los volcanes deshaciéndose en nubes de simbólico incienso, sino en las rientes laderas, bajo el oro de los racimos y el verdor de los naranjos, entre la tumba de Virgilio y la cuna de Teócrito, la Sombra heroica de su Garcilaso modulando « *el dulce lamentar de dos pastores.* »

¿Iba a caer de rodillas ante la ilusión que enajenaba sus ojos? Todo eso ya no bastaba, al ánimo vehemente del cruzado: ser un Don Juan de Austria con el alma del Dante, he ahí la cumbre de quien llevase en su destino el íntegro blasón de la española raza: y así, al marchar a lo desconocido, las imágenes engendradas por la tierra de la hermosura, le fueron como un bautismo de la esperanza y una confirmación de la fama. Y en Lepanto, defendiendo el esquife de *La Marquesa*, batalló como un héroe; y en la Goleta de Túnez y en Navarino volvió a lucir su denuedo y corrió otra vez su sangre. Amado por sus jefes inmediatos, Don Diego de Urbina, Don Álvaro de Bazán; conocido por los grandes capitanes, Don Juan de Austria, el duque de Sesa; se dirige con cartas de recomendación a España. El mismo rey Don Felipe va a recibirle en honra de su hermano: la

galera que le lleva, ostenta el nombre del Sol como augurio feliz de su destino. Pero otra cosa ha decretado el numen sombrío de su genio; Calibán toma el timón y Ariel no sopla más entre los mástiles. Cae en manos de piratas berberiscos, y el combatiente de Lepanto gime oprimido por la ley de Mahoma. ¡Pobre soldado! Despídete para siempre de los anhelos de tu fe, de tus ensueños de ambición, de tus quimeras de gloria: en las Italias se quedaron los visos fascinantes de tan armoniosos brotes: las líneas de tu buena ventura, maltrechas llevas en tu mano estropeada: apoya en la otra la pensativa frente, y contempla salir de tu imagen que en las aguas se refleja, una sombra informe que todavía no conoces, que será en los campos de la Mancha tu sudario y tu resurrección, impregnada como ese mar de amargura, pero también como él con una sonrisa del cielo y un espaldarazo del sol... En Argel el esclavo vive entre la vileza y la penuria: no hay desengaño que no le hiera, ni canallería que no le angustie: su ingenio al servicio de su coraje y su ánimo alerta al servicio de su compasión, le ponen en los caminos de libertar a los suyos, y los suyos le traicionan, mientras los infieles le torturan. Está a punto de ser llevado a Constantinopla, a extinguir su no conocido canto de vida en el más absoluto silencio de muerte; cuando frailes piadosos le rescatan ayudando a su madre exhausta. En España han muerto los que le iban a proteger: no encuentra a sus príncipes ni a sus soldados. Vuelve a principiar en el ejército una mediocre existencia sin juventud y por tanto sin esperanza: trae quizás en lo moral y en lo físico la herida de la servidumbre y el desgaste del cautiverio. Sus ilusiones huyen a la desbandada: misérrimo empleado de la proveeduría de flotas en Sevilla, acaba preso por una diferencia de cuentas, ridícula por su pequeñez. Misérrimo escribano en Valladolid, por un asunto en que no tiene complicidad y en que hay un sumario y un muerto, vuelve a la cárcel. No ha podido partir a las Indias con un cargo, ni ser llevado por los Argensolas a Nápoles; sufre el peso material de su familia, y si en ella algunas mujeres le ayudan, otras le afrentan. Su excelente mujer no alcanza a consolarle, pues

hasta su hija y su yerno le mueven un pleito bochornoso. Su esperanza del teatro concluye en naufragio: sus dramas, poco aplaudidos, son apenas remunerados: Lope de Vega, su fuerte y rico enemigo, es el ídolo del público en la luz, y él el bohemio vergonzante en la sombra. Hasta su mano herida le servirá de escarnio. ¡ He ahí al poeta de Roma! ¡ He ahí al soldado de Nápoles!... ¿ Qué grito de maldición, señores, lanzará al despedirse del mundo, este altivo español que agradece, pero que no se resigna a las limosnas morales y materiales? Oigámosle un momento: « Adiós, burlas; adiós, gracias; adiós, amigos alegres; que ya me voy muriendo, sin más deseos que los de veros felices en la otra vida». Nunca un testamento de penas mostró formas de mayor dulzura: la posteridad debe eternamente responder a sus palabras con un eco de cariño.

Así el hombre, despeñado desde la cumbre de sus sueños, no perdió jamás su encantadora cortesía, y el poeta que no era embajador como Ariosto, ni cardenal como Bembo, ni soldado ilustre como Garcilaso, se dió a evocar sus viajes, referir sus cautiverios, pintar tipos y costumbres, no olvidando las cárceles, ni los caminos de Andalucía, ni las calles de Triana, ni los perchales de Málaga, ni las playas de Sanlúcar; donde sangre popular y castiza había contribuído a fecundar su talento. Entretanto, su genio dormía. Pero bajo la mano de la miseria, como quien dice bajo las aguas del canto de su antiguo Ariel, todo su reino interior se había ido transformando en algo de singular, maravilloso y rico. Y en sus senos volvió a recibir a Calibán como lo acogiera Próspero, y piadosamente le prestó sus artes, cambiando sus gritos inarticulados en hermosas expresiones. Ellos, que se lo habían disputado en la existencia, fundidos en su alma, van a forjarle su cetro; entonces se dibuja Don Quijote y se diseña Sancho, y en el milagro del amor que crea, visten un manto de amabilidad luminosa. No se burlará Cervantes, del noble espíritu caballeresco, que realza al hombre, y que fuera del hombre aislado, se convierte en alma nacional y transporta los montes. Ideará una novela de entretenimiento, pretextando mofarse de un género de literatura, a través de un héroe que resulta cómico

porque careciendo de medios proporcionados encarna los sueños de su imaginación en desmedidas empresas. Y no sólo escribirá su libro, a la sombra de las cárceles, o en habitaciones que no son suyas, como médano errante, sin hogar fijo que lo libre de miserias afligentes, sino en el declive de su gran nación, que ya en torpes manos perdía sus vigores, volviendo de sus enormes aventuras pobre y desangrada. ¿Qué hará, señores, el agudo ironista, en medio de semejantes tristezas? ¿Su ánimo generoso se abandonará a la crueldad encendiendo la hiel de su sátira? Aristófanes, ruiñón de la cloaca, mezcla al canto ideal, el acre acento : elige sus laureles en las adelfas, que ocultan los venenos en rosadas flores : ríe y goza con el mal que inflige : al tierno Eurípides lo ofrece al ridículo, al noble Sócrates le prepara la cicuta. En Swift campea algo como su venganza contra el mundo por estar obligado a pertenecer al mundo : se le siente en la fina perversidad con que analiza un placer voluptuoso de misántropo : muchas de sus alusiones personales se nos escapan hoy, pero, ni política, ni religión, ni ciencia, nada se le escapó a él : el hombre que aun siendo caña según el dicho de Pascal, es por pensante, espejo del universo, se mira en el de su obra, entre la abyección y la miseria. Bajemos hasta el pasado siglo, y hallaremos que Heine a pesar del cloroformo de su lirismo, corta en carne doliente, más que con el placer del médico que cura, con la saña del asesino que ultima. En Rabelais la ironía es otra : se burla de las instituciones, de los jefes, de los jueces, de las multitudes ; envuelve, arranca y transporta, en el tumulto pintoresco de su estilo, pero es posible que al mostrarnos a sus semejantes, girando como satélites en torno del astro de su propio vientre, se dulcificara un poco, en el olvido de los cuidados, si pudiese convertir en realidad, los banquetes de su Abadía.

Mieux est de rire que de larmes écrire  
Pource que le rire est le prope de l'homme.

Así empezaba el Gargantúa, y así pudo también empezarse el Quijote. Pero la musa de Cervantes, exenta de la acerbidad de Swift, no aliada al pesimismo corrosivo de su contemporáneo Quevedo, y

casi aristocrática al lado de la de Rabelais, no sueña con la regocijada Theleme, aunque no huya del término crudo, ni se niegue a un buen zaque de licor de Esquivias: evoca en su vejez, lo que había soñado en sus adolescencias, y había visto extinguirse en su vida; no asegura que la lengua del júbilo sea, sino que debiera ser la propia del hombre; se adelanta a mofarse de sí mismo, antes que se mofen de sus sentimientos; poco a poco entrega a la burla, lo que en él ha muerto el mundo: sus ambiciones, sus sueños, sus quimeras; y lo que el mundo le ha maltratado: sus amores, su gentileza, su anhelo de justicia, su coraje, su sed de misericordia; se desliga de Don Quijote, y a cada instante se funde con su persona, como queriéndose fundir con Sancho, a cada instante le reprime; y siempre equitativo, entre los dos, la realidad alimenta su fantasía, de modo que resulta más profundo que el Ariosto (la reflexión es de Hégel y Valera), pues tomando las cosas descritas, por el lado cómico, arranca con predilección lo que hay en ellas de verdadero y grave. Y en cuanto a su odio a cierta clase de sátira personal que no detestó Aristófanes, podríamos encontrarle en la hermosa imagen del discurso a Miranda, cuando recuerda el respeto del rayo por el laurel, como símbolo de que no han de ser ofendidos los que merecen coronas de sus ramajes. Su risa inmortal, señores, dormitante en su genio, no respondió a los transportes de su risa juvenil: la despertó el abrazo monstruoso del Hijo de la bruja bajo las alas del Genio de los aires.

El gran escritor quiso burlarse de los libros de caballería, y hasta Don Quijote, muriéndose, resuelve desheredar a su sobrina si se casa con hombre que los conozca; sea! Pero el Cura, contando el célebre escrutinio al Canónigo, refiere lo malo que ofrecen, y habla de lo bueno que podrían contener. Se prestan al retrato de las virtudes de un héroe, y la voz de Cervantes advierte quizás en la del eclesiástico lo que desde el punto de vista literario intentó en su epopeya. Si en semejante pintura tira el poeta « lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lisos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente. Porque la escritura desatada

de estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria ; que la épica también puede escribirse en prosa como en verso ». Y el *Quijote* produce la impresión de un verdadero romance de aventuras, porque buscándolas sus dos anacrónicos héroes por mesones y caminos, casualmente las hallan con espontaneidad y sin violencia. En esa falta de plan, Cervantes se había fijado el suyo ; sus personajes de antemano se aprestan á vivir, pero el desgaire fingiendo la improvisación, hace que le salgan al paso, no al parecer de los antojos de su pluma, sino realmente de las sorpresas del camino. En la *Odisea* los recuerdos y episodios, impresionan como si se desenvolviesen en años, y la acción dura cuarenta días : el plan resulta admirable. En el *Asno de Oro*, el largo y hermoso episodio de Psiquis, no rompe la trama de las aventuras de Lucio, y el argumento se presenta tan planeado como en una novela de Wálter Scott. En las grandes alegorías de los viajes de Rabelais, aun en las más complicadas, existen y se ven los andamios de la arquitectura. En los cuatro primeros libros del *Amadís*, que constituyen la parte digna de leerse, también se siente la mano del obrero ; y aun en el desconcertante *Orlando*, mucho debió costar a Ariosto, el construir con principio, medio y fin, un tróncico que se pierde a menudo entre la riqueza de los follajes, pero que se mantiene siempre con su orden y medida. No le faltaban, pues, a Cervantes modelos en que inspirarse con mayor cuidado. Sin embargo, en un defecto, siempre fundamental, adquirió la índole de su libro, rara y feliz viveza. Por otra parte, el plan, si se quiere, existe : está en dos clases de sentimientos adversos. Cuenta el licenciado Torres, que un caballero francés amigo de un embajador que lo era de Cervantes, dijo a propósito de sus desventuras : « si la necesidad lo ha de obligar a escribir, plegue a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico al mundo ». Pero la familia del poeta decía seguramente lo contrario, aun comprendiendo que de su amarga vida sacaba su fértil substancia, y que los santos ayunan para encontrar pujantes las fuerzas espi-

rituales del milagro. Lo mismo acontece en el *Quijote*. Mientras el andante recorre España, los que se agitan en torno de los Duques, como los que se revuelven en torno de don Antonio Moreno, anhelan que su locura persista, y que no cese el regocijo que con ella trae. Pero allá en su aldea, el grupo de sus amigos: el Cura, el Barbero, el Bachiller, la Sobrina, el Ama, viven en la zozobra, y no duermen imaginando cómo han de salvarle. En la primera parte el Cura mismo marcha tras don Alonso, y se ingenia para volverle al hogar; en la segunda, Sansón Carrasco hasta expone su vida, bajo los disfraces del inexperto Caballero de los Espejos, y triunfa al fin como experimentado Caballero de la Blanca Luna. Don Quijote, en la melancolía de dejar las armas, muere poco tiempo después: así los sentimientos de los suyos, transformados en hechos, pasando del dominio moral al material, dan a la epopeya un plan que no puede ser ni menos complicado ni más simpático, como que le mueve una corriente íntima de ternura humana. Mas quedémonos ahí, sin analizar las relaciones de muchos detalles y algunos episodios, en que los errores y los olvidos rompen las juntas de las armonías: dejemos eso para «el docto Clemencín» que ha rato dormiría en su honesta tumba, si no le reviviese tesoneramente una vasta familia de majaderos.

El Ama, cuenta alguna vez: «Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.»

— Frestón diría — dijo Don Quijote.

— No sé — respondió — si se llamaba Frestón o Fritón: sólo sé que acabó en ton su nombre.

Cervantes escribió su novela con el criterio del Ama, y no con el de sus sabios anotadores. Y apesar de los lunares, y sobre todo de la desgraciada invención del manuscrito de Cide Hamete, que complica lo claro, y trae las fluctuaciones y anacronismos, el eximio resultado debiera imponer silencio, lo que no significa que se le señale como modelo: también a Shakespeare se le perdonan ciertas cosas, abrojos del enmañaramiento que no quitan majestad a las melenas del león. En la lectura de otros poemas, por ejemplo del *Orlando*, asistimos a las evocaciones del poeta, desde nuestro sitio, mirándole mover los luminosos episodios: en

el *Quijote* dejamos el observatorio, nos mezclamos a los personajes, vivimos con ellos, algunos nos resultan perfectos amigos, y de esa familiaridad brota su mayor fuerza. Se torna de la novela, a los cuidados de que nos ha distraído, como de un verdadero viaje, en que toda persona nos fué presentada y conocida; y en que nosotros mismos charlando con venteros, arrieros, pastores, hidalgos, canónigos, duques, hemos comentado la singular locura del héroe. Echémonos, pues, por praderías y caminos, colinas y bosques, imaginando el amargo placer de quien se puso a escribir en una de esas prisiones «donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace habitación». Escapándose con aquel su hidalgo «de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor» salía el cautivo a ver el cielo y respirar el aire. Sino flotan sobre sus primeras páginas, los velos sutiles de melancólica niebla, la sentimos por el afecto que Cervantes nos inspira. La impresión se despeja, a medida que tras sus solitarias aventuras, ya acompañado de Sancho, se mete Don Quijote en escenas borbollantes de movimiento. A medida que sobreponiéndose a las deficiencias, a veces enormes, del estilo, los aletazos de las cláusulas sonoras nos presentan la realidad vistiéndose de poesía, sin que renuncie a sus sabores, ni a sus nervios, ni a sus músculos.

Encontraremos al paso muchos de los capítulos, que conocen por las antologías, aun los que no han leído la novela. Nos diremos que la oración de Marcela sobre el cadáver de Crisóstomo, menos célebre que la de la Edad de Oro, la supera por su elocuencia directa, más concisa, más personal: añadiremos que si puede sorprender que hablen de ese modo las pastoras en los campos, es natural que así se expresen en las páginas de Cervantes; y nos confesaremos que lo declamatorio del segundo discurso está redimido por la descripción de la escena, que es su verdadero exordio. A la sombra de las chozas, sobre las mantas de piel de oveja, entre el olor de los hirvientes tasajos, bajo la pura serenidad de la tarde, pasa el aliento patriarcal: Don Quijote, pensativo en su dornajo, mira las bellotas avellanadas como si fueran inspiradoras estrellas: ¡si!, dichosos siglos aquellos a quienes los antiguos pusie-

ron nombre de dorados... Los párrafos que obedecen al estudio, que imitan a Virgilio u Ovidio, resuenan espontáneamente por que completan la sensación, condensando el alma sin voz de las cosas. Y detengámonos para añadir, que a causa de los desaliños tan abundantes en esta Primera Parte, hemos oído a menudo sostener que el escritor olvidó siempre, lo que el hombre de genio no debe olvidar nunca, que a pesar de su genio debe ser artista.

No hemos de negar nosotros la importancia de la parte del artista, pues lo que en lo grande no se parece a una tragedia de Sófocles, y en lo pequeño a una fábula de Lafontaine, es decir, lo que no lleva en sus cuarteles de armonía el símbolo perfecto del astro y de la flor, se nos antoja literatura semibárbara, aunque saludemos y aplaudamos la riqueza del temperamento. Pero decimos que Cervantes, con afanoso artificio oculto, o naturalmente, y quizás y sin quizás, como resultado feliz de su gran instinto, prepara sus cuadros. ¿Qué habría hecho Flaubert, por ejemplo, en el anterior capítulo? Después de pensarlo mucho, lo mismo: luego, sin encontrar probablemente el sonido de la voz del caballero, hubiese atenuado el acento declamatorio del discurso, y substituído algunos epítetos comunes por otros más significativos, pero en lo que se refiere al todo como poema, nada hubiese podido tocar. En un pasaje, célebre también, vemos a Don Quijote sentado por la primera vez en larga mesa como de tinelo. Es el centro de escogida sociedad: lo rodean hermosas damas, huespedes doctos, caballeros cumplidos. ¿Ha preparado el escritor el instante o instintivamente llega a él? La pregunta no nos interesa, porque cuando se advierte « que lo movió otro semejante espíritu al de la cena de los cabreros », ya eso estaba en el aire, y ha cobrado en su armonía, un soplo de vida real, la voz retórica que va a recitarnos el discurso de las Armas y las Letras. Y aun quien sabe, si el acento declamatorio del discurso, mucho menos ampuloso que el de la Edad de Oro, cortado por las referencias a las glorias de la paz, que adquieren noble, amplia y bella gravedad, no es requerido por encajar allí, puesto que en sus palabras a Miranda sobre el ejercicio de su profesión, Don Quijote se manifiesta sin énfasis, elocuente, natural y lleno. Releamos ahora la fuga de Melisendra y la arre-

metida al tablado de maese Pedro: las explicaciones del muchacho, se unen a la maliciosa charla del mono, para preparar agradablemente la escena inolvidable. En otro género de cuadros, lleguémonos a las orillas del Ebro: las aguas remueven los amorosos pensamientos del andante, y como él gozamos de las transparencias de la corriente y de las sombras de la ribera. De pronto descubrimos también con él, solitaria barca a que sirve de hierro, el tronco de un árbol. La imaginación del lector no necesita de otro acicate. ¿Hacia qué islas misteriosas de leyenda va a llevarnos aquel Clavileño de los mares? Todo perfectamente preparado, resulta tan natural, que se sufriría una decepción si no se aprovechase. No hemos tenido tiempo de pensarlo, cuando ya el caballero, desatando el batel, boga y sueña con la infanta en peligro que, ansiosa, le espera. Podríamos multiplicar los ejemplos de este arte de los ambientes, en que un detalle sirve de botón al deslumbramiento; en que a semejanza de los bebedores de hatschichs, está bien encontrado el germen de la maravilla: la flor que se transforma en parque, el violín que se vuelve orquesta, el hilo de agua que se precipita en torrente.

Y en pasajes tales, y en las aventuras de los ejércitos carneriles, como en el combate de los galeotes de Sierra Morena, o en la penitencia a imitación de Beltenebros, acontece que no podemos olvidar que se han grabado en la imaginación del mundo. A medida que los capítulos pasan, no nos es posible leerlos a solas: instintivamente evocamos los alcázares y las chozas á que han llevado su risa. Vemos sobre sus héroes la aureola que vence al tiempo y convierte los epitafios de las tumbas en inscripciones de las estatuas. Pero aunque las estatuas animadas, sean humildes criaturas de carne y hueso, nos mandan con la atmósfera imperativa que nuestros antepasados le han hecho. Y es universal esa atmósfera, viniendo de las mismas palabras traducidas a todas las lenguas, y lo mismo de la reacción ante ellas de un Heine, un Hugo o un Turgueneff, que de la de un paisano de Rusia, Francia o Alemania. Quisiéralo o no Cervantes, la mente de la humanidad, como si fuese la de un solo lector, ha encontrado símbolos en su poema: a Sancho corresponde la prosa, a Don

Quijote la poesía, al escudero la realidad, al caballero el ensueño, y aunque de éste se burle aquélla, debe seguirlo para tener lo que ansía, y compartir no pocos de sus golpes a cambio de sus laureles. Las variantes se multiplican en torno de esa interpretación, y la obra nos llega transfigurada; he ahí una de las virtudes de su organismo, pues sin buscarlo, y con espontaneidad, engendra ese oxígeno que enriquece su luminosa sangre. Mas, solamente, en la segunda parte, las figuras se condensan en toda su plenitud: en tanto, en los últimos tercios de la primera, como distintos manantiales de las serranías descritas, los personajes que en torno de Cardenio, significan diversas aventuras, se dirigen hacia la Venta.

Varias son las ventas que nos hospedan en el *Quijote*, pero ésta débese escribir con gran mayúscula. Aun persistía en España el hechizo de las mujeres moras, a quienes les era tan difícil ejercer sus voluntades, como lucir sus rostros; y que como entre los cantos de vida que podían despertar, amenazaban siempre con asechanzas de muerte, envolvían su hermosura en un doble hábito de misterio. Y allí en la venta encontramos a Zoraida y al Cautivo, que vienen desde África, buscando la libertad en alas del amor, mientras el Barbero y el Cura vienen desde su aldea buscando a Don Quijote en nombre de su afecto. Allí encontramos a la ventera, a su hija y a Maritornes, trinidad sabrosa en torno del amo; a Dorotea, bella, apasionada, espiritual y picante; a Doña Clara, ingenua y deliciosa, figura que pasa y no se olvida. Allí los cabreros, los licenciados, los gentileshombres, los miembros de la Santa Hermandad, se confunden a los regidores que van camino de las Indias, y a los galanes y a sus enamoradas, que rientes o patéticas, persiguen las rutas de Citerea. Avanzan todos impelidos por sus ajetreos distintos, a donde sus cuidados han de resolverse, y un fragmento de España con sus detalles característicos, se mezcla a un fragmento de humanidad con sus sentimientos universales. Y como el relato del Cautivo, y la lectura del *Curioso Impertinente*, se unen al estallido de los sucesos, también se juntan todas las letras de aquel tiempo: las novelas pastoriles, las picarescas, las de caballería; Boccacio, Bandello, Sannázaro

y Ariosto; los versos propios, los romances ajenos, el refrán, la facecia, el apólogo; y el autor del *Amadís* y el autor de la *Diana* se dan las manos en los capítulos que conducen a la Venta, cual en la venta misma con el autor de las *Novelas Ejemplares*. Además las reminiscencias de los clásicos de la antigüedad, las citas de los modernos, las palabras latinizadas, los neologismos y los provincialismos, se confunden hasta con el recuerdo de los vocabularios de alguaciles, presos, escribanos, jueces, y esas cláusulas de sabores populares, aguzan con su sombrío génesis el oro de los libres pensamientos. Así, del pintoresco conjunto, bullidor y sonante, de las desarmonías que se acuerdan, de los iris que iluminan los mohos, y del todo viviente en el triunfo del instinto musical, nace el multiforme cantor de la epopeya cómica... Cuando en la alta noche, se expande la quietud, sobre los ánimos sacudidos por las pasiones y las mentes estremecidas por los recuerdos; cuando bajo la mirada serena de las estrellas, Don Quijote se decide a velar, temiendo que los malvados perturben el sueño de las beldades: se siente que el loco tiene razón, que el sortilegio de la fantasía ha transformado la venta en castillo, que la imaginación creadora debe dormirse después del esfuerzo feliz, que lo que vela el hidalgo es el genio del viejo Cervantes, dispuesto a despertar como la luz de Dios, con nuevos regocijos. ¡La luz de Dios! Ella descenderá de su cuna de contento, derramando la exultante ebriedad de su fuerza vencedora. Pero ésta del *Quijote*, forja su clarísima llama, consumiendo en sus óleos, las impurezas del hambre, de la humillación, de la amargura. ¡Ah! como se comprende que se detenga el análisis frío ante páginas en que la risa del poeta no ha podido secuestrar el lamento del hombre!

Arrebatados en la onda de esos capítulos, donde los personajes viven, perfectos y distintos, con sólo ponérsenos por delante; en que la frescura de la fantasía tiene del torrente el poder y la gracia, de los racimos el oro, y de la mañana la límpida transparencia, es decir, el esplendor de las cosas naturales en el torbellino de las cosas soñadas, evocamos instintivamente a quien descansaba de sus vientos trágicos en las Rosalindas, las Celas y los

Orlandos de sus encantados Ardenas, o en los alegres tumultos de sus Comadres de Windsor. En el castillo de los Duques, el mismo recuerdo de paz y alianza nos llevará a Strafford, a pesar de los antiguos cantos de Cervantes a la Armada Invencible. Sobre rencores de guerra, aun no del todo extinguidos, se saluda el que fué súbdito casi obscuro de la reina Isabel con el que lo fuera también obscuro de Don Felipe. Hoy, en pro de nuestra idea, hemos sabido con placer que cuando Shakespeare leyó el *Quijote*, enamorándose del episodio de Cardenio lo puso en drama. El fuego, que ha respetado la hábil y mediocre pieza de Sardou, devoró aquel manuscrito: pensativos soñamos en la colaboración malograda de los dos grandes hombres, que casi al propio tiempo se envolvieron en una misma sombra tan triste como fértil, pues iba a ser para sus glorias la cuna del diamante y el fondo de la estrella.

Terminó Cervantes su primera parte con los epitafios de sus personajes, en versos muy inferiores, prometiendo o no prometiendo la segunda, en página poco clara. Pero la popularidad de sus héroes debió llegarle al corazón, inspirándole el anhelo de mostrarles en su tercer salida. Después, es muy posible que entre la causticidad de sus burlas y la agudeza de sus donaires, no hubiese muerto en su alma la divina flor azul: creemos que un triunfo podía aún ilusionar al gran desventurado: se nos antoja que gallardamente pinta su optimismo, en el gozo de Don Quijote, cuando olvida los males de su negra fortuna al vencer al Caballero de los Espejos. Y a sus personajes los transformará el cariño, como a menudo se ha explicado, y a veces con la delicadeza de tintas de un Paúl de Saint-Víctor. Sancho, según su mismo amo, se irá haciendo « menos simple y más discreto »: Don Quijote, ante el león suelto, mientras huyen sus amigos, se redimirá de las antiguas palizas, engrandeciéndose en su heroica locura. Así, cuando el escudero le ve rompiendo a punta de espada las brozas de la cueva de Montesinos, lanza un apóstrofe de no fingida admiración ya dominado por su coraje. En ello, además del afecto del autor por sus héroes, adviértase el sentimiento consciente de su mérito. Porque Cervantes decía preferir el *Per-*

*siles*, se sostiene que ignoraba lo que era el *Quijote*. No pudo darse cuenta, sin duda, de cómo lo iba a considerar su futuro público, pero sabía que a este público lo había engendrado para su obra. Y nos parece que eso es bastante. Tenía, en realidad, el viejo soldado la piel sensible de lo que hoy llamamos un hombre de letras. En sus ataques contra Avellaneda no sólo lo mueven los insultos personales de su enemigo, sino su crimen literario de usurpador. Si se rie de las reprimendas, por el olvido del robo del rucio a Sancho, le atufan las críticas de otro carácter. Entonces se defiende, con mal humor, que por lo raro en él, resulta característico. Explicará que las dificultades de divertir mostrando siempre a dos personajes, le hicieron utilizar las novelas del *Curioso Impertinente* y del *Capitán Cautivo*, a cuyas galas y artificio prodiga aplausos. Luego anunciará que en la Segunda Parte ha de vencer el obstáculo, mereciendo más recompensa, al no apartarse de la ardua línea. Y su éxito debió de inquietarlo: temía que perjudicase a su *Persiles*; limaba a su nuevo romance con el afán de sobrepasarse; y decía lo que dicen todos los autores: que su último libro era su obra maestra. Pero bien sabía lo que significaba el otro. En su *Viaje del Parnaso*, los hijos de su fantasía corren a descubrir los rincones de la tierra en la grupa de Rocinante. Si se tiene por simple fanfarronada el vaticinio de Sansón Carrasco, sobre las traducciones del *Quijote* a todas las lenguas, recuérdense los comentarios de los demás personajes. El Cura lamenta el extravío de Don Quijote como cosa extraña, y le responde Cardenio: « es tan rara y nunca vista, que yo no sé si pudiendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar con ella ». Protesta el héroe contra la falsificación de Avellaneda: « yo así lo creo » certifica— D. Juan Sánchez—« y si fuera posible se habría de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran Don Quijote, si no fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle sino Apeles ». Si se cree que simplemente por donaire imagina Sancho que no habrá mesón, venta, ni tienda de barbero, donde no anden pintadas sus hazañas, reléanse las alabanzas que bajo las especies

de Cide Hamete, el autor se dedica en el encantamiento de don Clavijo. El mismo Don Quijote exclama gravemente, refiriéndose a su historia: « Si ella fuese buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino ». Cervantes parece haber resuelto la duda, al terminar el libro, pues declara que la pluma que lo escribió vivirá eternamente. ¿Por qué se ha de negar entonces que conocía la fuerza inmarcesible de sus páginas, cual Shakespeare, Horacio, Dante, y tantos otros espíritus conocieron las de las suyas?

En esta Segunda Parte, el infatigable anciano se prodiga en invenciones bellas: los frutos del árbol enfermo y achacoso, muestran una luz sin edad en sus savias y colores. Después de las alegres y características bodas de Camacho, en que el lector gusta el contento de ver tan feliz a Sancho, la bajada a la cueva de Montesinos interesa más que por lo maravillosa, por el placer de oír tan inspirado a Don Quijote. Y como en la Venta se acumulan cien sucesos, urdiendo nudos que prestan cierto vigor de unidad a la primera parte, en la segunda el castillo de los Duques sirve de concentración matizada y viviente. Allí, Cervantes, animando quizás entre sus juveniles recuerdos, las lúgubres fantasías de los Carnavales florentinos, y las imágenes sagradas, bélicas, grotescas, artísticas de los célebres triunfos que contemplara en Nápoles y en Roma, llega en capítulos de estilo más castigado, y de soplo más tenso, a páginas en que el trabajo mental exhala su ebriedad venturosa. Así cuando se oye el clamor de las chirimías y laúdes, y pasan los carros de los disciplinantes de luz y sangre; en la descripción de Merlín con los rasgos de la Muerte, en los discursos del hechicero, en las quejas de Sancho, en el apóstrofe de Dulcinea, en las voces de Don Quijote, en los gestos de los Duques, y en el nacimiento del alba apagando cirios y antorchas, se mueve, palpita, se expande, serpentea, una sola onda inspirada que a través de las múltiples figuras y sus diversas lenguas, refulge y remoja el corazón envejecido con la juventud de la poesía eterna. Y en aquel ambiente en que las farsas se convierten en verdaderas aven-

turas, dando hasta gobiernos; en medio de la regalada vida, de las pompas del vestir, y de las exquisiteces del lujo, en el continuo hervor de las conversaciones, y de las músicas y cantos que llevan el «brincar a las almas, el desasosiego a los cuerpos, y el azogue a todos los sentidos», van por reacción el amo y el escudero a iluminarse en sus más sutiles profundidades.

¿Pero cómo es en realidad este Sancho Panza, de quien mucho se habla, y no siempre con la debida justeza? El público cree generalmente que la redondez de su persona proviene de su insaciable glotonería. Pero tragaldabas, sin duda, no carece de resortes que lo sujeten, ni de sentimientos que lo dominen: hasta puede sufrir, con resignación, el ayuno. Avellaneda lo comprendió como la multitud se lo imagina; y Sancho responde a don Antonio Moreno, que lo acusa de guardarse las albóndigas: «que no era cierto, que más tiene de limpio que de goloso, y que el señor Don Quijote sabe bien, que con un puño de bellotas o de nueces se suelen entrambos pasar ocho días». Y dice la verdad. Como diría la verdad, a los que le consideran cual perfecto cobarde, notificándoles que una cosa es su buen sentido con el consiguiente amor a su pellejo, y otra un rincón de su ánimo capaz de sobreponerse a su prudencia, de modo que cuando lo cree necesario se bate, por ejemplo con los yangüeses. Como diría también la verdad, si no disimulando que por codicia engaña a su amo, sobre los azotes con que desencanta a Dulcinea, añadiese, que esos apetitos encuentran límites, pues sin delatar al morisco Ricote, rehusa sus doscientos escudos, de tal manera abomina tratos con enemigos de su rey y de su raza. El escudero no es un muñeco rígido de una sola pieza: es un ser de articulaciones vivientes: es un rústico amasado con la robustez y las sombras de su tierra, que esmaltan por aquí y por allá, luces de sus albas campesinas. Metido en su aldea, su carácter se hubiese osificado; corriendo el mundo, los acontecimientos le proporcionan flexibilidad y en el fondo permanece el mismo. A nadie se le ocurre que Cervantes lo va creando: fidedignamente, lo sigue con su fonógrafo y su cinematógrafo, en épocas en que Merlín no había engendrado aun estas maravillas. Mueven a Sancho la codicia y la ambición:

satisfecha la primera se despierta la segunda. Mejorando en fortuna, querrá ser gobernador, casar a su hija con un conde, y deslumbrar a sus antiguos vecinos. Son sentimientos inmutables, perfectamente humanos, y el moralista habría podido estudiarlos con ventaja, en tierras que organizadas ayer por falanges de Quijotes, se abren hoy a todos los Sanchos del mundo que se ahoguen en sus aldeas. Pero el escudero de tal caballero tenía, naturalmente, que florecer con vistosos matices: corre el tiempo y su espíritu, semejante al buen mosto, se impregna de sabores castizos, ganando en donairosas galas. Su señor lo encuentra hasta elegante cuando comenta la felicidad de quien duerme: él sabe que es su trato lo que abona la estéril tierra de su árido ingenio. En realidad, la fuente está en el afecto de aquel que, olvidando las cátedras de Salamanca, Madrid o Henares, ha seguido un curso completo del alma popular, a través de los campos y las Cortes, en ciudades españolas y extrañas, sin rehuir los antros de la picaresca que tan famosamente describe alguno de sus venteros. Después de los discursos de Sancho a propósito del señorío que a Sanchica le espera, los refranes con que su mujer lo contradice le dan el tono de lo que será la mayor agudeza de su verbo. De allí torna al mundo en la Segunda Parte enriquecido con los dictámenes imperativos y breves, regocijados o graves, que Don Quijote llama «especulación de nuestros antiguos sabios». Pero cuando se asiste al alboroto del recibimiento de los regalos del Gobernador, y la madre y la hija rivalizan en refranes, no se piensa en los antiguos sabios: el fecundo huerto de Sancho parece el solar de aquella flor inmarcesible del linaje de los Panza. Es cierto que los modernos comentadores, empeñados en ajar la frescura y la gracia de la obra, nos dirán implacablemente de donde vienen, pero el lector acaba por no leer las notas, evocando el santo horror que Cervantes les tenía, como quien quiere oír la pieza sin escuchar toses en la sala. Don Quijote reprende muy a menudo a su escudero, le observa que trae los dichos por los cabellos y que por su causa irá a la horca, después de haberle dado a él con cada uno tragos de tormento. Mas de pronto, una confesión nos revela, que otra causa esconde

el enojo: « Dime, ¿dónde los hallas, ignorante, o como los aplicas, mentecato, que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase? » « Déjeme esa mi hacienda, que ninguna otra tengo »; responde el rústico. Y resulta encantadora la agresión, en quien siendo el andante más valiente del mundo, conoce a la envidia menos que al espanto. No sólo en galas del espíritu ha crecido el escudero: ya no podría sostener que todo lo cubre la « gran capa de su simpleza, siempre natural y nunca artificiosa ». Trasciende el Clavileño en el jardín de la dueña Dolorida, las zonas del viento, de las nieves, del fuego: Don Quijote, abstraído, sin inmutarse, se entrega a sus fantasías: Sancho se detiene a conversar con las constelaciones, admirando a las Pléyades llamadas Cabras, vestidas de colores no usados en la tierra. ¿Se mofa simplemente de los duques en su relato, pues sabe que no se ha movido, o creyendo que se ha movido miente como un viajero con el germen de un Tartarín futuro? ¿En qué forma se burla cuando tras de ver desde las estrellas a los hombres como avellanas, no quiere gobernar sobre tan pobres seres y pide una región del cielo? Basta el formularse las preguntas para comprender que su carácter se ensancha, desprende diversos rayos, al chocar con nuevas cosas, y va a infundir a la creación que mueve una importancia igual a la de Don Quijote. Todo en él es admirablemente observado, sin que su animador subraye ningún esfuerzo, y espontáneo, con desenfadado andar, crece, aumenta, se arrebola, y levantándose tan poco sobre el suelo, acaba por seducir, cual si volase con poéticas y pujantes alas. Es que paralelamente, camina su amo con sus alas etéreas, y que él le sigue como la sombra interesada de una ilusión dolorosa: así la inimitable risa no nos hace olvidar que en el rocío de su eterna frescura puede ver el escudero gotas de acerbo sudor y el caballero de triste llanto. ¡Suprema y única dualidad entre los libros de la tierra! El plebeyo que en su casa se muestra tan ambicioso de señorío por un fenómeno natural, se exalta en el castillo. La privanza de la duquesa, multiplica su fiebre, que se acusa en la abundancia de su palabra. Se pone charlatán, y con su amo casi insolente. Su sereno cacumen se perturba ante las cosas, como

si se transformase en Don Quijote y leyese libros de caballería. Su señor entre los Duques embravece su fanatismo de andante; las riquezas aumentan su amargo orgullo de pobre y las hermosas tentadoras sus castos juramentos de enamorado; en vez de charlatán se torna más sobrio y elocuente; pero también alborotándose como nunca, cree en las farsas más grotescas. En Sancho se agitan todas las vanidades, y la ambición del lujo, de la suntuosa mesa, del bienestar y del mando, le exacerbaban los instintos: admirables relámpagos de reflejos contrarios y verdaderos, en seres abandonados a los trastornos de tales cambios de vida.

Sigamos al escudero. Oye que la insula es fértil y abundosa y echa al diablo la visión del cielo con estrellas inaccesibles que el duque no puede darle. Don Quijote siente tanto como él el placer de su ventura, mas en su carácter de señor, se contiene, y grave y paternal, le endereza un discurso, que podríamos llamar, si no pecásemos, el Sermón de la Montaña, de un buen regidor de repúblicas. Sancho, en el primer instante, no parece muy dispuesto a oírle. Se dibuja en su persona la imagen del pavo real, que olvida la fealdad de los pies que le sirven de eje, extasiándose en la pompa de su alado abanico. Ya no quiere que se le recuerde que guardó puercos, y cree ganar un cuartel de nobleza, substituyéndolos en su heráldica por gansos. Y sobre todo, la mitad de tales consejos no van con un gobernador, pues no siempre los que gobiernan salen de castas de emperadores. Nos imaginamos que en esa guisa, va a gobernar absurdamente como un advenidizo ensimismado. Esto no es contar con la vigilancia de Cervantes: él no ignora que los naufragios hacen valientes a los tímidos, y que el temor del ridículo da genio a los simples. Una cosa es fantasear y discutir con su mujer o su amo a puerta cerrada, y otra entre extranjeros sentirse oprimido por la realidad que si no se domina devora. La naturaleza sagaz del rústico triunfa, y hasta impide que le llamen «Don» pues no le tuvo nadie en su linaje. Las páginas del gobierno, chistosas, animadas, rebosantes de buen sentido, rematan con perspicuo ingenio. Después del ataque de sus enemigos, en que el Gobernador cree, y que tan maltrecho le

deja, cae la venda de la concupiscencia engañadora, en un admirable silencio mientras se viste pensativo. Y sólo romperá la sensatez de su mutismo, con un grito de amor, al dispararse a la cuadra y besar á su rucio. ¡ Ah! el fraternal apóstrofe que le dirige cómo es de hondo en su aparente ligereza. Y cuánta hermosura en las razones con que se despide: sus acentos adquieren vibrante elocuencia, en que el trigo se vuelve, naturalmente, pan y la flor fruto, y en que deja de gobernar para volver a vivir, pues no ha vivido en esos tiempos de su ambición colmada y de su libertad perdida. Mas el veneno, sin evaporarse del todo, algo deposita en el fondo de tantas penas: torna a las órdenes de Don Quijote; y aunque padeció de desvelos por los cuidados, y cruzó famélico en medio de los manjares, siente a poco la nostalgia de no mandar y ser obedecido. Comprende que ya no podrá llamarse gobernador, pero se consuela esperando que lo hagan conde. No duda a ratos de la demencia de quien eclipsa al prudente Néstor, si no se habla de caballería, y desea que en la demencia esté precisamente la verdad, para no renunciar a los proyectos de su codicia. Cuando el de la Blanca Luna, exige al vencido que se retire por un año del ejercicio de las armas, el buen Sancho llora. Lloro con no fingida sinceridad, por la pena de aquel que es su noble afecto, pero llora también temiendo que le vuelva la razón. ¡ Ah! si después del descanso, cesasen los peregrinajes, adiós los extravíos que nutren las esperanzas de su fortuna! Detrás de este carácter tan maestramente llevado, se mueve siempre la idea de la lejana familia. Teresa Panza y Sanchica, forman el numen inspirador del escudero; como Dulcinea el poder invisible del andante. Si Aldonza Lorenzo vió alguna vez a Don Alonso Quijano, ignora que existe para él convertida en alma de Don Quijote. Robusta como las mujeres de Sancho, no sabe que sus sanos y vulgares sudores, exhalándose en ideales ámbares y algalias, se mezclan en la ilusión de un hombre a un nimbo de místico incienso. Los dones de su amador son quiméricas preseas evaporadas en los caminos: el único recado que puede llegarle se desvanece en el fermentado mensajero para engendrar nuevas mentiras. Y, sin embargo, su caballero la quiere, no sólo con su corazón, sino con el sen-

timiento de toda una época. La quiere con el espíritu de los Trovadores, con la inteligencia del Dante, vislumbrando a Beatriz entre las rosas de los querubes, bajo la diadema del sagrado olivo. La quiere más que entre los resplandores simbólicos de la sacrosanta sabiduría, pues la adora con el prodigio de ternura que llevó a confundir la mujer elegida del Amor Cortés, con la Reina de los Cielos. Y ni entre los encantamientos de la cueva de Montesinos, permitirá que pongan a Belerma sobre su hermosura: ni sabiéndola hechizada y convertida en burda villana, se rendirá a las doncellas de los duques: a todas partes lleva la muralla de la honestidad, que no necesita de cilicios para adquirir la pureza de su pensamiento. Y en el más amargo de los trances, cuando muerde el polvo de la derrota, y se le exige la negación de su culto: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer...» responde; aceptando la pena de muerte sin renunciar a lo que fuera su fuego de vida.

En tanto, mientras Don Quijote, vencido o no vencido, se desmaya en los desvelos y en los ayunos, la familia de Sancho come y duerme: madre e hija piensan en el escudero y el escudero no las olvida: tienen las mismas espaldas sólidas y sendas bocas ávidas: desean los honores porque producen los bienes positivos al través de las aventuras ilusorias. Ellas han gozado de los escudos, del mejoramiento de la hacienda; y los mensajes que no se evaporan como los de Dulcinea, acaban por sorberles el seso. Cuando reciben del paje del Duque, los collares de coral, y el opulento vestido, la una sueña con ver a su padre con las *calzas atacadas*, y la otra en lucir para honrarle un *verdugado redondo*. Pero cualquiera de estos fines, y hasta el de multiplicar los quesos de la alacena o el de enriquecer de bestias el establo, obliga al escudero a seguir a Don Quijote, que no piensa en un macizo par de zafias, sino en correr tras la niebla luminosa de un espectro intangible. Y en esos contrastes y armonías, de las fuentes de acción de la epopeya, residen los raudales humanos más hondos de su hermosura.

Pone el hidalgo al servicio de su culto, un cuerpo *alto, enjuto y avellanado de miembros, un rostro seco, un pelo en-*

*trecano, nariz aguileña y algo corva, bigotes grandes, negros y caídos.* Pero de esas carnes poco lozanas, se toma vibrante un ánimo resplandeciente. Pensará en la gloria de lo futuro que es etérea en las regiones celestes, y no en la vanidad de la fama que en su siglo se alcanza. Lo que habla será *concertado, elegante, bien dicho, y lo que hace disparatado, temerario y tonto.* Con esta última frase lo comenta Cervantes, que soñó con lo armonioso, feliz y espléndido, y se encontró con lo desacorde, doliente y mezquino. En él se funden Don Quijote y Sancho, y el caballero, fanal de su mejor luz, se nos diseña como el drama vivo de su espíritu. Para Don Quijote el evangelio del andante, *es guardar la fe a Dios y a su dama, y ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla.* Dice, y su acción resulta la de un apóstol, porque el genio de su creador había encontrado en las congojas las más altas virtudes, hasta el punto de que le conservará en sus más grandes locuras el instinto de las más nobles ideas. Se presentará siempre cortés y afable; llevado por su desequilibrio derrochará intrépido sus cóleras generosas: será perennemente discreto con lengua para no hablar, aunque posea oídos alertas para oír. Odiará como Cervantes a la mentira, siendo entre espejismos encantados perpetua víctima de las mentiras de su imaginación: odiará como Cervantes a los envidiosos cuyo mal, *carcoma de las virtudes,* no trae ni siquiera el deleite de los otros vicios, sino *disgustos, rabias y rencores:* odiará como Cervantes a la adulación, que es fuerza de *dilatados límites* y fuente de *infinitos males.* Pensará como Cervantes en los viejos soldados con frases sombrías de amarga tristeza, pues se imita por ellos a los que libertan a sus negros ya inservibles, de modo que echándolos de la casa *con títulos de libres los hacen esclavos de la hambre.* Imaginando las más altas empresas, y dando pruebas de valor temerario en las menguadas que a su suerte le tocan, será como Cervantes un guerrero magnánimo: injertará en su discurso de las Armas y las Letras

hermosos conceptos sobre la Paz, y a los aldeanos prontos a batirse por resentimientos que no parecen de guerra sino de risa, los detendrá con nobles y serenas palabras sobre las causas que justifican las contiendas. Será un precursor de lo que modernamente estuvo a la moda durante un tiempo y que se llamaba la piedad rusa: recibe agradecido los agasajos de Roque Guinart, jefe de banda que se venga de algo que no explica, y que redime los crímenes que ejecuta, con el amargor de su conciencia al considerarlos: liberta a los galeotes de Sierra Morena y proclama resuelto que aunque *los atributos de Dios son iguales, más resplandece y campea a su ver el de la misericordia que el de la justicia*. Piénsese en la vida toda de Cervantes, en su cautiverio, en sus prisiones, en su perenne contacto con la miseria humana, y fácilmente se comprenderá la abertura de su héroe a la compasión de su experiencia. Se mostrará también Don Quijote pródigo de su patrimonio sin discutir los resultados: en el desencantamiento de Dulcinea, Sancho pone un precio a los azotes que no se da y que finge, pensando en su mujer y en su hija, y él se deja despojar contento, pensando en su amor ilusorio.

El ingenioso Hidalgo, volviendo constantemente sobre el tema de las armas y las letras; ocupándose de la supremacía que puede haber entre ellas; de sus méritos, de sus beneficios, de sus glorias y angustias, es el eco sonoro de la obsesión de Cervantes. Y en el discurso que oye Don Diego de Miranda, tras el lance de los leones, se trasluce el amor del soldado de Lepanto a lo que caricaturaba, y el torcedor de su existencia, entre su risa sarcástica y su ánimo generoso. Y por fin, Don Quijote, a semejanza de su poeta, lucha por no morir a mano de las realidades, levantándose en alas de su pensamiento, y hallando contra todo vuelo el peso decisivo de su miseria. Además de la transmutación, de las substancias profundas de la sangre y el espíritu, se hace la de las condiciones de vida: el héroe, en la pobreza, no posee ni rica tizona, ni yelmo burilado, ni nada digno de su coraje. El más amargo símbolo de la epopeya lo encontramos en la cueva de Montesinos. En medio de las maravillosas visiones,

Dulcinea del Toboso, víctima del hambre, pide prestado sobre un faldellín de cotonía: ¡necesita seis reales, al caballero sólo le quedan cuatro, y su consuelo es que la desencantará, aun a costa de su existencia si necesario fuese! Y el más triste eslabón de la dura cadena, que apesanta las horas del hombre altivo, está quizás en el castillo de los Duques. Don Quijote, en su estancia, advierte los puntos saltados de su único par de medias: aquel fútil desgarrón se abre ante sus ojos como espantable abismo. Luego, con ironía, evoca el bello texto del Apóstol: « tened todas las cosas como si no las tuvieseis ». Pero eso se refiere al espíritu, y él sufre de la pobreza que encuentra su signo más obscuro en la diversidad de colores de un remiendo. « ¡Miserable de aquel, exclama, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago! » Es un grito del corazón: como que detrás del Hidalgo se estremece la sombra de Cervantes. Y cuando sale del castillo, habla también por su boca una altivez no corrompida, un espíritu nunca en paz con su orgullo, un alma que abomina su situación airada en su abatimiento: vibra con los reflejos de un diamante azul, que no ha perdido sus fulgores ni en los garitos, ni en las cárceles, ni en las antesalas de los grandes, ni en las zahurdas de los humildes: por eso, recordando que al vivir entre las abundancias acaba de sentirse agarrotado por sus estrecheces, estalla en vehemente apóstrofe: « ¡Venturoso aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo! »

En la campiña, el ánimo indómito del manchego encuentra la dulcedumbre de platicar nuevamente con Sancho. Su escudero le ha cobrado tanto afecto, que le sostiene hasta en las locuras de sus desafíos, y él se lo paga. Cuando le vió partir a la ínsula, muy vistoso en su gabán de camelote leonado, sobre un macho a la gineta, sintió la alegría de la razón de aquellas galas, pero entre el tumulto de la vivienda algo de la soledad de un destierro. Ahora gusta también del sencillo concierto del asno con Rocinante: sabe cómo se acompañan y cómo se quieren; ha pintado

las nupcias de sus pescuezos, para descansar noches enteras más unidos que Orestes y Píldes, y juntos se echan los cuatro por las praderas de Dios, con resonancias de los montes de Asís, murmurando el Cántico fraternal de las Criaturas. Y tornarán Don Quijote y Sancho a sus diálogos que más allá de la Mancha, más allá de Castilla, más allá de Cataluña, van a abrirles los caminos del mundo: diálogos que son el mayor encanto de la novela; eterna charla y eterno regocijo por aldeas y campos, por bosques y mesones; especie de brisa salubre y fresca de todos los paisajes; armonioso rumor que interviene en el curso de los sucesos como las aceñas cortan el cauce de los ríos, haciendo que las corrientes canten, acaricien y seduzcan lo que retratan, hechizan y hermosean... Pero llevan en aquél instante el rumbo de las playas y en Barcelona espera al caballero el fin de su destino: encontrará al de la Blanca Luna, medirá con su cuerpo las arenas, y sin vender a la Señora de sus pensamientos, cumpliendo las condiciones del combate se dirigirá a su casa. Su ánimo encandecido, no advirtió lo que iba del grandor del corcel contrario a la flaqueza de Rocinante, y se dirá dulcemente: « cada uno es artífice de su ventura ». ¡ Vanas palabras! La resignación no alienta para su pecho: ansía romper las cadenas de Don Gregorio y la angustia le arranca lastimoso grito: « ¿ de qué me alabo si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? » La melancolía de la vuelta de Don Quijote, tiene honduras insondables: todos los vencidos de la tierra parecen darse cita en sus congojas. Retorna al castillo de los Duques, en que si padeció se holgó entre los festejos, con el *Nessun maggior dolore...* del poeta, sufriente en los labios. Lamenta no haber evitado en otras épocas, el robo de Helena y el incendio de Troya, y le atropellan en los campos las piasas inmundas, pues *justo es que a un caballero vencido le coman adivas y le hollen puercos*. No puede refugiarse en el sueño, bendición de los desamparados; sus ojos, siempre abiertos, miran su penar: llama a la muerte, y cuando la muerte se acerca, siente tanto contento que recupera la vida. Las torturas se le encarnan entonces en un poema de Italia que recita en castellano: y es que el viejo escritor se apoya en el combatiente rendido como en un

báculo fraternal, evocando versos amargos que aprendió en años felices. El mismo Cervantes le sugiere el consuelo de pedir en el curso de su triste reposo, a las brisas de los bosques las frescuras de la Arcadia. Sin embargo, las ilusiones pastoriles no infunden sangre vivificante en su desfallecido corazón: *la malenconia* le ha penetrado hasta en las raíces: las armas pendientes de los árboles hacen estéril la paz de sus sombras: y al luchador maltrecho, si recordamos su lengua, no prestarán asiento los duros troncos, ni olor las rosas, ni alfombra de mil colores los matizados prados, ni luz las estrellas, ni gusto el canto, ni el amor conceptos; mas yendo a morir a su aldea, donde le aguarda el amor de los suyos, se hará más famoso en los presentes y venideros siglos.

Se extingue serenamente a manos de la evocación de su vencimiento, y en el sublime cuadro de su agonía, nos place ver que sus amigos apoyan las palabras del escudero animándole con la esperanza de nuevas aventuras. Todo hicieron por salvarle de su demencia, y anhelan que torne a la demencia con tal de conservarle vivo. Pero el cristiano de rancia cepa contempla a la eternidad frente a frente: quiere envolver en su lumbre su antigua razón intacta y anuncia que el loco de Don Quijote ha muerto. Entonces, un terciario de San Francisco, con la dudosa máscara del Escribano, se acerca a Don Alonso el Bueno y piadosamente le cierra los ojos; y sobre el cadáver, dice, que no señaló el cronista el nombre de su cuna, para que las ciudades de la Mancha se lo disputen en lo futuro como las siete de Grecia a Homero.

No mucho tiempo después, el mismo hábito del santo poeta de Asís servía de mortaja al poeta penitente de Henares. «Loado sea Dios», hubiese podido exclamar aquel que por los siglos de los siglos, parece natural patrono de los artistas que no abjuran la fe de sus abuelos; «loado sea Dios, por el hermano Rucio, por el hermano Rocinante, por el hermano Don Quijote, y hasta por ese tuno de Sancho, que ha puesto tanta luz del hermano Sol en este valle de lágrimas»... En sus últimos días más de un embajador extranjero llevó en sus visitas a Cervantes, algo que llamaríamos el prefacio de la universalidad de su nombre.

Con todo, se fué cual había vivido: no murió, a semejanza de Garcilaso, llorado por el llanto militar bajo los ojos de un Carlos V; ni como Lope y Calderón entre el luto del pueblo y la pompa de los honores. Ariel invisible acercándose a la tumba plegó sus alas y contempló en su duelo, a Calibán engalanado y agradecido ante su víctima. Muy poco pesaba el cuerpo escuálido sobre la tierra, aunque mucho en los fatigados brazos de los acompañantes, como que no eran más de los de aquellos que enterraron a Don Quijote. Y de esos amigos ninguno quizá se dijo, que el pobre muerto había vertido los raudales de su alma y de su experiencia, en una síntesis literaria de su época como en los álveos de un lago, y que entre las nubes intangibles del cristal y las cosas palpables de la ribera, iba a ser ese lago el espejo en que mejor se miraría el hombre.

El mundo, señores, ha reparado la injusticia; pero los americanos, digámoslo en voz alta, tenemos todavía deuda. Cervantes, en momentos amargos de su existencia, envió un memorial a la Corona pidiendo un gobierno en las Indias: ni recibió contestación de las autoridades, ni vino por tanto a América. Responámosle tardíamente nosotros llamándole con un grito de amor. Realizando ese su sueño de desesperado que, según él mismo, era «engaño de muchos, y remedio particular de pocos», remediémosle como puede hacerlo la posteridad: a donde no llegó ni como desvalido soldado, levántese en bronces opulentos como soberano de nuestra lengua; y diremos que esta vez su memorial fué dirigido al corazón de un pueblo que lo venera en su dolor y en su gloria!

---



-10.978-

H. Foll. 161-15

~~ATA 5603~~

DE LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES,  
TOMO XXXIV, AÑO XIII.

---

# CERVANTES Y EL QUIJOTE

POR

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

CONFERENCIA DADA EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES

EL 23 DE ABRIL DE 1916



BUENOS AIRES

1916

